

Brama la mar, el rayo se aproxima
 Con feroz resplandor,
 Y la noche que henchida de perfume
 Se mostraba tranquila y sosegada,
 Héla ya en un momento transformada
 En noche de terror.

Entonces agobiado el caminante
 Bajo el peso de atroz melancolía,
 Sin luz, sin norte, sin solaz, sin guía,
 Marcha á paso veloz.

En esta agitacion pierde la senda;
 Un hondo precipicio le detiene;
 Y á la vista del mal que cerca tiene
 Exclama en triste voz.

«Noche hermosa, que á mis ojos
 Tan serena pareciste,
 ¿Donde estás ya? ¿Qué te hiciste
 De tu brillante fulgor?»

¿Qué de la luna que bella
 Por mi senda me guiaba,
 Y tranquila me alumbraba
 Con su claro resplandor?

¿Qué se hicieron tus estrellas?
 ¿Qué tus mágicos luceros
 Que se alzaban placenteros
 En tu alcazar de cristal...?

¡Cuan pronto en tinieblas tristes
 Y oscuridad pavorosa,
 Velando tu luz preciosa
 Te tornaste por mi mal...!

Calló el caminante, su frente levanta,
 Su vista dirige al lado oriental;
 Sus ojos brillaron, su angustia no es tanta,
 Acaso termina su pena mortal.

El aura suave en torno se mece,
 Suspiro de gozo alegre exhaló:
 Al punto su llanto fugáz desaparece....
 Los pájaros trinan.... La aurora llegó.—

¡La Aurora!, que con su luz
 Trasparente, encantadora,
 Cual de las aves señora
 Do quiera infunde placer.

Hermosa su faz ostenta,
 El ruiseñor la bendice,
 Y en dulce canto la dice
 Lo que alcanza su poder.

Por que tan solo á su vista
 La tempestad desaparece
 Y ya por momentos crece
 Su diáfano esplendor;

Y el caminante gozoso
 A su patria se aproxima
 Y con placer se encamina
 A la mansion del amor.

Hé aquí, Damón, la noche tenebrosa
 Emblema singular de mi destino:
 Hé aquí á tu amigo sin hallar camino
 A su mansion.

Héme ya sin solaz, sin luz, sin guía,
 Cual caminante henchido de amargura,
 Pues ya perdí la senda de dulzura
 Y de ilusion.

Héme aquí sin consuelo ni esperanza
 Sumergido en un caos espantoso,
 Caminando con paso temeroso
 Y de terror.

Que en mí todo es angustia, do quier llanto
 Todo es oscuridad, do quier tristura;
 Pues ya perdí la senda de dulzura
 ¡Ay! y de amor...!

Sí, caro amigo, tú, que tambien sufres;
 Tú, que sientes cual yo, ¡ay! bien conoces
 Que con pasos marchamos muy veloces
 Al ataud.

Tú, á quien aquejan unos mismos males;
 Tú, que conmigo tu dolor partiste,
 Pues compañero en mi desgracia fuiste,
 Pulsa el laúd.

Y en triste endecha cantaremos ambos
 Con acento apagado y palpitante,
 Cual aquel desgraciado caminante,
 Trovas de amor.

Mas ¿qué digo, ¡insensato! ¿que pronuncia
 Mi balbuciente labio?... Amor profiero,
 Y oigo un éco de muerte que me anuncia
 Que ya nada en el mundo, nada espero.—

Nada espero, ¡desgraciado!
 Todo pereció en un hora,
 Pues yo no tengo una Aurora
 Que disipe mi dolor.

En mi pecho eternamente
 La noche su trono asienta,
 Su oscuridad atormenta
 Mi corazon con rigor.

Para mí tampoco brillan
 Las estrellas refulgentes
 Sus reflejos transparentes
 Huyen veloces de mí.

Una tempestad furiosa
 De mi mente se apodera;
 Luto miro por doquiera
 Que tiendo la vista, sí.

Que en vano pido alivio á mi dolor,
 ¡En vano! pues la pena me devora,
 Y yo, caro Damón, no tengo Aurora
 Que la senda me muestre del amor.—

José María Espadas y Cárdenas

De la enseñanza de las ciencias físicas matemáticas aplicadas á las artes.

(Conclusion.)

Lo que desorganiza la sociedad en su estado actual, lo que origén á tantas ambiciones, lo que aleja de los trabajos propios, es la opinion añeja y absurda que presenta los trabajos manuales como indignos de hombres que han recibido alguna educacion, alguna riqueza por corta que sea. Asi es que un jóven sale del colegio, ignorándolo acaso todo, y cuando mas sabe formar algunas frases en un latin bárbaro, se imagina que su profesion mecánica, un oficio, es cosa indigna de él; necesita estar en un estado en que solo tenga que ejercitar las facultades intelectuales de que acaso se halla privado, y quiere adquirir sin sudor trabajos una riqueza que le ponga en el caso de gozar de todas las comodidades y ventajas de la sociedad. Pues todas estas altas pretensiones desaparecerian prontamente por la fuerza misma de las cosas, si estuviere mas generalmente estendida la instru-

últi
 el l
 til
 á l
 qui
 las
 fac
 rio
 dei
 pír
 sus
 cu
 im
 ma
 qu
 ces
 cui
 cia
 el c
 igu
 ent
 tral
 cias
 que
 y ll
 de
 las
 bien
 ma